



Universidad de la República

Facultad de Psicología

Instituto de Psicología Social

Trabajo Final de Grado

Monografía

*Producción de subjetividad: un acercamiento a los modos de
sujeción y subjetivación propiciados por las organizaciones
laborales*

Estudiante: Natalia Gabriela AGRA GÓMEZ

C. I.: 4.865.761-3

Tutor: Prof. Agr. Tommy WITTKE

Montevideo, Uruguay

Febrero, 2018

Cosas de uno

*Yo digo ¿no?
esta mano
que escribe mil doscientos
y transporte
y Enero
y saldo en caja
que balancea el secante
y da vuelta la hoja
esta mano crispada en el apuro
porque se viene el plazo
y no hay tu tía
que suma cifras de otros
cheques de otros
que verdaderamente pertenece a otros
yo digo ¿no?
esta mano
¿qué carajo
tiene que ver conmigo?*

Mario BENEDETTI

Índice

RESUMEN/ABSTRACT	2
INTRODUCCIÓN.....	4
1. ACERCA DEL MERCADO Y DE LA HEGEMONÍA	6
1.1. Máquinas deseantes.....	8
1.2. Subjetividad y producción de subjetividad	11
1.3. Modos de subjetivación y objetivación	14
2. SOBRE EL CONCEPTO DE <i>TRABAJO</i> Y SU DISTINCIÓN RESPECTO AL DE <i>EMPLEO</i>	16
2.1. La sociedad organizada y la aparición de la empresa.....	19
3. LAS SOCIEDADES DISCIPLINARIAS EN TIEMPOS MODERNOS	21
3.1. El hombre como apéndice de la maquinaria industrial	23
4. LAS SOCIEDADES DE CONTROL: NUEVAS LÓGICAS DE SUJECIÓN.....	25
4.1. El modelo toyotista y la producción flexible	27
4.2. El hombre-empresa y el auge de la sociedad managerial.....	28
4.3. Entonces..., ¿alienación o alienación a la empresa?	32
5. CONCLUSIONES.....	35
BIBLIOGRAFÍA.....	38

Resumen

Desde fines del siglo XX se ha suscitado una serie de transformaciones en los modos de producción capitalistas con formas de organización social propias que causan nuevas problemáticas a ser pensadas. Dichos modos de producción se caracterizan por funcionar con una misma política del deseo en el campo social, es decir, operan tomando poder sobre la subjetividad.

El presente trabajo propone reflexionar sobre las relaciones de sujeción que el capitalismo establece en las diferentes organizaciones laborales, al tiempo que se analizan las subjetividades que en ellas se producen. Para ello se toman fundamentalmente los aportes de Foucault (1975, 1992) vinculados al concepto de *subjetividad* y a su *producción en la modernidad*; asimismo, se analiza la objetivación del sujeto productivo como resultado del modelo capitalístico. En relación con esto último se hallan conceptos como el de *trabajo*, el de *empresa*, el de *organizaciones vinculadas a los modos de sujeción* o el de *producción*, que serán profundizados mediante los aportes de Deleuze y Guattari (1972) respecto a las *máquinas deseantes*. Finalmente se concluye con una síntesis que articula los contenidos anteriores con la práctica del psicólogo en el contexto de las organizaciones laborales.

Palabras clave: subjetividad, trabajo, capitalismo, organizaciones.

Abstract

Since the end of the 20th century a number of transformations have raised in the modes of capitalist production with forms of social organization, that cause new problems to be considered. Such modes of production are characterized by functioning with the same politics of desire in the social field, that is to say, they operate taking power over subjectivity.

This paper proposes to reflect on the relations of subjection that capitalism establishes in the different labour organizations, while analyzing the subjectivities that occur in them. For this, the contributions of Foucault (1975, 1992) on the concept of *subjectivity* and its *production in modernity* are taken, as well as this, the objetification of the productive subject, as a result of the capitalistic model, is analyzed. In relation to the

latter are subjects such as *work, business, organizations linked to the modes of subjection or production*, that will be deepened by the contribution of Deleuze and Guattari (1972) regarding the *desiring machines*. Finally, it concludes with the synthesis that articulates the previous content with the intervention of the psychologist in the context of labour organizations.

Key words: subjectivity, work, capitalism, organizations.

Introducción

El presente trabajo monográfico se fundamenta en los cambios sociales que se han producido a nivel global desde fines del siglo XX en torno a las nuevas formas en las relaciones de producción. A su vez, el objetivo que persigue es proporcionar un marco teórico que se sustente en las transformaciones que han sufrido estas relaciones, de modo de dar cuenta de los procesos de subjetivación que derivan de estas formas de organización.

La motivación por esta temática surge a raíz del abordaje de los contenidos de los cursos optativos POT (Psicología de las Organizaciones y el Trabajo) durante el transcurso del ciclo integral. Debido al permanente proceso dialéctico entre los compromisos académicos asumidos, las «responsabilidades» familiares y el ámbito laboral, la temática acerca de la problematización de la relación hombre-trabajo me ha convocado emocionalmente. El término *proceso dialéctico* fue elegido para hacer hincapié en la coexistencia de estas instancias al servicio de un pretendido progreso: estudiar para trabajar, trabajar para estudiar, seguir estudiando para trabajar mejor y consumir más, consumir más para... ¿tener una mejor calidad de vida?

Crecí, como muchos de mi generación, ante la impronta de «... estudiar para ser alguien». La elección de una carrera profesional prometía un equilibrio económico, personal y familiar, una promesa largamente acariciada que podría no tener resonancia alguna en estos tiempos hipermodernos.

¿Estudiar para ser alguien? ¿Acaso «ser alguien» es un sinónimo para denominar a una persona con trabajo estable y buena remuneración? Sin duda, dicha idea descansa en el imaginario de una clase social determinada y de otro tiempo. No obstante, se asemeja a una estabilidad anhelada en el caso de quienes comenzamos a andar el vertiginoso camino de la tercera revolución tecnológica, cuando no dramática; en fin, en el caso de quienes no han logrado tramitar el pasaje a este nuevo estado de las cosas.

Fue precisamente a partir de esta realidad que se generó la pregunta de si es posible continuar sosteniendo el papel del trabajo como espacio de pertenencia real o simbólica. Si en un mundo donde se multiplica el trabajo precario y temporal los jóvenes pueden seguir confiriéndole un sentido de «identidad», ¿qué tipo de trabajadores se están gestando? Bajo la conjetura de que el trabajo es el hecho más significativo de lo humano, en tanto determina nuestras posibilidades de existencia y las formas en las

que estas son producidas y reproducidas, el presente trabajo tendrá como fin último indagar acerca de su efecto productor de subjetividad en las organizaciones laborales, sin dejar de atender las relaciones de sujeción que el capitalismo establece a través de ellas, además de las subjetividades que se producen.

En la misma línea, ¿importa el trabajo o lo importante es tener un empleo? ¿Qué efectos subjetivos tiene la empleabilidad bajo las condiciones del trabajo-mercancía? ¿Cómo podemos pensar el sometimiento a la propia alienación? ¿A través de qué mecanismos es posible el encauzamiento de las conductas colectivas en favor de la organización? Respecto a la ética profesional, ¿cómo conciliar los intereses de la empresa con los de los asalariados? ¿Acaso será posible rescatar algo de la dignidad humana en estas condiciones? El hecho de sostener todas estas interrogantes nos ubica epistemológicamente en un entramado teórico polifónico, que tomará a la psicología social como perspectiva, pero sin limitarse a ella.

Considerando también la filosofía de los dispositivos, el trabajo adhiere a la relativización de los saberes que nuestra disciplina, como ciencia institucionalizada, ha desarrollado mediante una serie de discursos de alcance universal que han influido en la construcción de subjetividades y en las organizaciones sociales. Pese a su relativa autonomía, se encuentra determinada por su contexto socioeconómico y político, lo que nos compromete como profesionales a una acción reflexiva y a una «ética de la interrogación» que ponga en perspectiva y deconstruya las verdades instituidas.

Además, el pensamiento como sinónimo de libertad es el movimiento por el cual uno se desliga de la clásica forma de reaccionar para ponerla en tensión y constituir la en su objeto. De esta manera se asume una ética que nos posiciona al «margen» del mundo para problematizarlo, sin olvidar que estamos inmersos en él (Giorgi, 2003). Por lo tanto, intentar comprender el campo de problemas de la subjetividad implica significar la complejidad del sistema de producción de sentidos y significaciones que atraviesa a las personas, así como también los escenarios sociales en los cuales actúan y por medio de los cuales se construyen y son construidas. La reflexión abarca las «formas de existencia» y las modalidades del «ser sujeto» de una cultura dada, que, en el seno de ciertas prácticas sociales conformadas como dispositivos (Bozzolo, 1999), son signadas por el paradigma biopolítico, influyendo en todos los ámbitos de la vida (Foucault, 2001).

Se presentará una serie de conceptos esenciales de la producción intelectual foucaultiana, que servirán de base para pensar el par subjetividad-trabajo. Asimismo, los aportes de Deleuze y Guattari (1972) respecto de las máquinas deseantes habilitarán la conexión entre las mutaciones capitalistas con la necesidad de consumo, permitiendo

generar un contexto para dar cuenta de las transformaciones producidas en cuanto a la concepción del trabajo. Posteriormente, se realizará un recorrido histórico que permita visibilizar los distintos modelos de sujeción que en el marco del capitalismo se han establecido con las diferentes organizaciones, de manera de analizar los dispositivos y las estrategias que despliegan para comprender sus efectos en la constitución de subjetividades, considerando que estos modos constituyen una continuidad más que un reemplazo en sus lógicas.

1. Acerca del mercado y de la hegemonía

El mercado existe desde antes que el capitalismo; sin embargo, la tendencia capitalista requirió globalizarlo sin que ello implique la desaparición del Estado. En este sentido, Marx (1850, citado en Giddens, 1994) atribuía a las sociedades precapitalistas una mezcla de relaciones entre ofertantes y demandantes que no se limitaban al mercado, pues la subordinación económica estaba estrechamente asociada a los vínculos personales (Giddens, 1994). La reconversión mercantil incidió en la vida económica y en las actividades político-sociales, y las sociedades disciplinarias¹ permitieron acceder a un saber-hacer del trabajo, que, expropiando el conocimiento (la concepción) de la ejecución, lo sometió a los intereses de la organización y separó la unidad del hombre con la naturaleza, haciendo de los medios de vida y de trabajo objetos externos.

En estos nuevos modos de producción, el lucro no se limita al registro de los valores de cambio, es decir, del orden de la plusvalía económica, sino que toma poder sobre la subjetividad, funcionando como un «[...] sistema de equivalencias en la esfera de la cultura» (Guattari y Rolnik, 2006, p. 28). Ahora bien, si por *cultura* entendemos la «[...] manera de separar actividades semióticas [...] en una serie de esferas a las que son remitidos los hombres [y que] son estandarizadas, instituidas potencial o realmente y capitalizadas por el medio de semiotización dominante» (Guattari y Rolnik, 2006, p. 27), se puede colegir la transformación del trabajo en mercancía o del mercado en una entidad que guía la vida económica. Naturalmente, estos son ejemplos de una

¹ La disciplina como «[...] un tipo de poder, con una modalidad para ejercerlo, implicando todo un conjunto de instrumentos, de técnicas, de procedimientos, de niveles de aplicación, de metas; es una física o anatomía del poder, una tecnología. Las disciplinas son métodos que permiten el control minucioso de las operaciones del cuerpo, que garantizan la sujeción constante de sus fuerzas e imponen una relación de utilidad-docilidad» (Foucault, 2015, p.159).

cosificación que, bajo conceptos como *cultura* o *identidad cultural*, ocultan su carácter impuesto y fabricado. A partir de una lógica capitalista se diagraman formaciones subjetivantes que, mediante regímenes semióticos, impactan sobre el escenario de las organizaciones, transformando así la cultura.

Angenot (2010, citado en Assef, 2014) propone pensar la subjetividad bajo la idea de una hegemonía como vector organizador de la pluralidad, como campo interdiscursivo:

La hegemonía —dice Angenot continuando la idea de Marx— es lo que produce lo social como discurso, es decir, establece entre las clases la dominación de un orden de lo decible que mantiene un estrecho contacto con la clase dominante. (p. 36)

Salinas (2010), por su parte, remarca la importancia de la noción de *dominación*, para lo que postula la existencia de proyectos éticos y políticos dominantes, previos a cualquier proyecto personal. Son moldes de subjetividad preconcebida, esto es, lo que Foucault (2007) denomina, de modo general, como *procesos de subjetivación*, modos en que el poder condiciona y produce subjetividad como forma de garantizar la adhesión de los sujetos. El individuo es introducido en las estructuras de simbolización de las instituciones que lo preceden, cristalizando normas, valores y sistemas de roles del orden de lo instituido.

El dispositivo disciplinario que caracterizó a la modernidad y sobre el cual volveremos más adelante tiene lugar en un contexto donde existe una clase poseedora de los medios de producción y otra que, de manera forzada, debe entrar en relación de venta de fuerza de trabajo. Sin embargo, hoy la racionalidad de mercado se extiende a todos los ámbitos sociales, ha descentralizado su poder y, aún cuando tienda al beneficio de las clases privilegiadas, su acción está dirigida a producir enriquecimiento y a ejercer una nueva forma de biopolítica sobre la vida, forma que la articula en torno a lo económico mediante un mercado vital. En otras palabras, lo económico, entendido como la dispersión de la economía en el espacio cultural (Otormín, 2005), se presenta como la medida de todas las cosas.

El Estado actual viabiliza un gobierno volcado al mercado. La globalización propicia la rápida circulación del capital y de los bienes comerciales, desrealizando² las fronteras y movilizándolo con ello muchas decisiones estatales a entidades financieras ante el

² Este es el término acuñado por Lewkowicz (2006) para referir al efecto de la globalización sobre las fronteras. Atravesar supone la existencia de una marca que permite posicionarse de un lado o del otro; sin embargo, desrealizar implica la destrucción de esta capacidad.

amenazante castigo de carácter económico al que está sometido. Las políticas proteccionistas y la no adhesión a los mandatos globales derivan, al fin y al cabo, en desequilibrios sociales producidos por la pérdida de empleos, de rentabilidad empresarial, por la disminución de los ingresos, el aumento de la inflación y el consecuente descenso del consumo, entre otras cosas. Donde ayer el Estado veía necesidades colectivas, hoy la racionalidad gubernamental ve necesidades individuales y oferta de servicios diferenciados, instalándose en el seno de la familia, la educación, las actividades deportivas, religiosas, etc. (Salinas, 2010).

La dualidad entre lo público y lo privado, entre la economía y la política desaparece. El capitalismo privatiza todo. Tal como manifiesta Lewkowicz (2006), con la variación nominal del Estado-nación a técnico burocrático o administrativo este ha quedado limitado a la dirección y a la organización eficiente de las acciones que asume. La multiplicación de los espacios de regulación del mercado produce una pérdida de ficción de la nación, es decir, una pérdida en aquel conjunto de principios intangibles (culturales) que una vez produjo con el fin de consolidar un entramado institucional y una identidad estable. Se trata de una desficcionalización de lo social que ha alterado los modos de subjetividad y que ha instaurado formas de relacionamiento con el mundo y con uno mismo que ya no se dan entre ciudadanos, sino entre consumidores.

A su vez, este proceso marca un cambio fundamental en los modos de relacionamiento con el poder y con los sistemas de producción, pues «El capitalismo se reproduce a sí mismo recreando una alienación que no es ya una alienación en el trabajo, sino un tipo de alienación en el consumo, que al mismo tiempo que satisface, genera continuos niveles de insatisfacción» (Bustelo, 1996, p. 18). La figura del *homo economicus* o, como propone Lewkowicz (2006), del «consumidor» redefine la noción de *igualdad política*, dado que la homologa a la de *libertad de consumo*, hecho que da cuenta de la dispersión anteriormente mencionada de la economía en la cultura y del ámbito político al económico (mercado). Ya no es en el «trabajo» donde se produce la alienación, sino en el consumo.

1.1. Máquinas deseantes

Consumir es, para nosotros los seres vivos, una necesidad permanente de intercambio con el medio. Como forma particular en el ser humano, este intercambio implica una relación con la naturaleza que se concretiza por medio del trabajo. De esta forma el hombre produce los objetos destinados a satisfacer sus necesidades, aunque

las formas con que reviste nuestra vida, al decir de De Quiroga (2007), están relacionadas con las modalidades en que la existencia material se produce y reproduce.

Para Moulian (1999), el capitalismo tiene una capacidad productiva que instala en las subjetividades el consumo como deseo mediante una red de instituciones que permiten su internalización: «[...] la tendencia adquisitiva es un comportamiento artificial, en el sentido de que es producido por la pura socialización, que no conecta con instintos ni pulsiones» (p. 20).

Es la producción social necesaria para la acumulación en las sociedades capitalistas, sostenidas por condiciones concretas de existencia que alientan al consumo a través de la experiencia directa como ser los valores familiares o escolares, las estrategias de comercialización, el discurso ideológico de la modernidad, el lenguaje, los medios de comunicación de masas o el marketing asociado, por nombrar algunos ejemplos que según Moulian (1999) son parte del «circuito motivador del hedonismo» (p. 21).

En otras palabras, el modo de organización social controla la producción deseante alinéandola a los intereses del sistema, con lo que se induce a una permutación en las formas de producción de subjetividad, que derivan en una configuración en la que se articula al hombre con la tecnología y la creación incesante de necesidades que conllevan la búsqueda de mercancías, transformando la naturaleza de lo deseable, que ubica el consumir como acceso a la felicidad (Moulian, 1999). De esta manera, el capitalismo, más que entregar los productos a la gente, entrega la gente a los productos. Sobre la codificación del deseo, asigna una representación que, sin saber que es impuesta, permite la reproducción del dispositivo económico neoliberal. Todo deseo, en consecuencia, se reduce a la categoría abstracta y universal de la mercancía y del dinero.

Esta propuesta del deseo al servicio del consumo surge de una diferencia fundamental respecto de la concepción psicoanalítica. Para Deleuze y Guattari (2006), el deseo no está asociado a la representación, sino a la producción misma de realidad. Sin embargo, para Freud (1900, citado en Evans, 2007) el deseo se halla vinculado al anhelo que tiene el psiquismo de reeditar la huella originaria de satisfacción; por lo tanto, su conceptualización sitúa a la pérdida de objeto como causa. Asimismo, Lacan (1964, citado en Evans, 2007), por su parte, influido por Spinoza (1977, citado en Evans, 2007), sostiene que «[...] el deseo es la esencia del hombre» (p. 67). Se trata, pues, de un deseo susceptible de ser reconocido en la medida de su articulación con la palabra; no obstante, hay un límite en tal articulación que está dado por el carácter irreductible del inconsciente por un resto que excede a la palabra (Evans, 2007).

A partir de esta idea, Lacan (1958, citado en Evans, 2007) plantea que el deseo es una transformación metafórica y metonímica en la que se producen representaciones o significantes que ocupan el lugar de otra cosa, además de condensaciones que le dan sentido. De todas formas, como tal, es inalcanzable, puesto que

[...] no existe una verdadera satisfacción del deseo en la realidad [...], la única realidad en la dimensión del deseo es la realidad psíquica [...], como tal, el deseo no tiene objeto en la realidad.[...] Según Lacan, la dimensión del deseo aparece como intrínsecamente ligada a una falta que no puede ser satisfecha por ningún objeto real. El objeto pulsional solo puede ser entonces un objeto metonímico del objeto del deseo. (Dor, 1989, p.162)

Empero, en la teorización de Deleuze y Guattari (1972), este concepto se convierte en algo productivo y afirmativo que atraviesa al cuerpo (cuerpo en sentido relacional, en tanto multiplicidad de relaciones organizadas que no se circunscriben únicamente a lo biológico, sino también a lo social, a lo político, a lo económico, etc.). Además, produce su objeto de deseo, que asimismo es deseado dentro de un conjunto espacial, geográfico, temporal y territorial concreto que se desenvuelve con él y que ubica al sujeto como punto de partida en el acto de concatenar dichos elementos.

La analogía que desarrollan Deleuze y Guattari en torno a la expresión *cuerpo sin órganos*, acuñada por Artaud (1977), alude a un inconsciente en su plenitud, a un deseo en estado puro que carece de objeto. Y sobre esa carencia es codificado para atribuirle una representación que lo haga consciente y susceptible de ser conducido. En el caso del capitalismo, se «interpreta» el deseo como mercancía, con lo que se torna manejable y previsible.

En términos deleuze-guatterianos, el cuerpo sin órganos se podría pensar como agente de *desterritorialización*, y aquello que Foucault (1992) llamó *biopoder*, como agente *reterritorializante* (Deleuze, 1995). Para dichos autores, estos neologismos refieren a procesos concomitantes necesarios para la comprensión de la práctica humana, los cuales pueden estar al servicio tanto de las lógicas de la opresión como de la emancipación. En el caso del capitalismo, la desterritorialización conforma su *modus operandi* al relacionarse con la reterritorialización en su función de extracción de plusvalía. Tal como referíamos más arriba, el capitalismo privatiza, es decir, desterritorializa y a su vez territorializa, se va apropiando de los territorios, del campo, del comercio, de la industria..., de las personas, del cuerpo. En otras palabras, decodifica todos los ámbitos de la vida a merced del capital, pues intenta propiciar la producción y el consumo como procesos de acumulación de capital, ya que ellos no pueden garantizar de por sí la reproducción social de este modelo. Entonces, opera

desde la creación incesante de necesidades que conlleven a la búsqueda de mercancías para paliar la insatisfacción mediante un consumo irracional.

En relación a esto,

Si resulta claro que la producción ofrece el objeto del consumo en su aspecto manifiesto, no es menos claro que el consumo pone idealmente el objeto de la producción, como imagen interior, como necesidad, como impulso y como finalidad. Ella crea los objetos de la producción bajo una forma que es todavía subjetiva. Sin necesidades no hay producción. Pero el consumo reproduce las necesidades. (Marx, 2007, p.12)

Marx (2005) señala la unidad indisoluble entre producción y consumo que el capitalismo muestra como esferas autónomas (Otomín, 2005). Así, si «[...] la producción es inmediatamente consumo, el consumo es inmediatamente producción» (Marx, 2005, p.11), entonces el producto alcanza el final solo en el consumo. Ahora bien, si el consumo no se efectúa, entonces carece de objeto: «[...] un vestido se convierte en vestido a través del acto de llevarlo puesto» (Marx, 2005, p. 11). Hay un plegamiento que hace que el vestido sea tal y es en relación a un sujeto actuante; el a priori del objeto no es la actividad objetivada. No es menor, tampoco, el hecho que de aquí se desprende: el consumo, de forma subjetiva, crea el impulso de la producción poniendo como imagen interior, como necesidad, la imagen del objeto.

La producción proporciona un objeto, pero no uno cualquiera, sino uno determinado y que debe ser consumido de una manera previamente estipulada. No solo crea un objeto sino también su percepción, produciendo una mercancía para un sujeto y un sujeto para la mercancía. Sin embargo, hoy más que ayer esto se debe crear con rapidez, modelando la percepción, eliminando la normalidad y acentuando el carácter efímero del deseo.

1.3. Subjetividad y producción de subjetividad

«Plegar el afuera, plegar la línea del afuera, eso será según Foucault la subjetivación [...], constituirse como el pasajero por excelencia, meterse en el interior de lo exterior. [...] No se trata en absoluto de una interioridad que nos sería propia.»
(Deleuze, 2015, p.125)

Entendida como los modos de hacer, de sentir y de pensar, la subjetividad da cuenta de la existencia y de la interpretación en los distintos momentos sociohistóricos que, a través de discursos hegemónicos, condicionan la representación que el sujeto hace del mundo (Andrade, 2013). Si Descartes (1941) se preguntaba «¿quién soy?», en tanto yo

único, universal y ahistórico, Kant (1784) se pregunta «¿quiénes somos en este preciso momento de la historia?» (Foucault, 1990, p. 22). Foucault (1990) toma comparativamente a estos filósofos en un intento por evitar la sujeción antropológica, alejándose del paradigma kantiano; por eso propone un análisis crítico de los diferentes modos de subjetivación, es decir, de los discursos y de las prácticas que constituyen al sujeto. Así, pues, parte de la idea de un devenir-sujeto más que de un sujeto-originario y se cuestiona cómo el *el/lo* deviene en sujeto. «¿Qué somos hoy en la contingencia histórica que nos hace ser lo que somos?» (Foucault, 1990, p. 22).

Se suele tener el prejuicio de ser algo como un adentro, como una interioridad separada del afuera. Deleuze (1987), por el contrario, afirma que el adentro es el adentro del afuera, «[...] un adentro que solo sería el pliegue del afuera, como si el navío fuese un pliegue del mar» (p. 129). El anterior es un ejemplo ilustrativo porque nos permite pensar en un afuera previo (el mar) que posteriormente es plegado, y solo deja de ser navío en relación a dicho plegamiento. La idea de un «afuera» que se pliega y produce una subjetivación está dada por el movimiento incesante que hace «hueco» y produce «adentros».

A su vez, Arbesún (2009) sostiene que las estructuras sociales, en tanto relacionales, son resultado de un proceso productivo; las percepciones sobre cómo se organizan estas estructuras tienen una impronta histórica y particularmente política. Por esta razón se podría argumentar que la idea de una subjetividad interior es irrisoria; el capitalismo, en este sentido, ha intentado configurar un orden subjetivo funcional, ya sea en la razón instrumental, ya sea en el neoliberalismo, que garantice su funcionamiento y reproducción. La economía como pliegue ha dado lugar a un sistema político-subjetivo que la ha convertido en una máquina productora de subjetividad. «Libres e iguales» como producto capitalista: este es un ejemplo que permite pensar cómo el trabajo asalariado funda una relación paradójica entre el carácter colectivo de la producción y el carácter privado de la apropiación, movida por la idea de «tener» como valor de existencia (Arbesún, 2009).

En este sentido, se hace necesario indagar acerca de los *modos de producción* por los cuales habitamos ideas como las precedentes, incluyendo las técnicas por las cuales nos producimos y reproducimos. En efecto, será oportuno conceptualizar aquello que denominamos *modos de producción*, que alude a una forma de pensamiento marxista.

Es importante señalar que hay un proceso histórico detrás de la naturalización de una relación como la del trabajo asalariado, en la que el asalariado vende su fuerza de trabajo al propietario: tal destino parece inexorable para reproducir sus medios de vida.

Arbesún (2009) manifiesta la importancia de atender las relaciones sociales de los hombres bajo el supuesto de que materializan los modos de producción: estos se definen, y además instituyen y forman representaciones simbólicas. Es de esta manera que podemos pensarnos como un devenir en permanente transformación: a través de los modos de producción nos organizamos y relacionamos para producir los medios de vida, y definimos modos particulares de existencia. Este autor agrega que las formas de organización y de relacionamiento dependen de los medios naturales donde se desarrollen y de las condiciones por las cuales se producen: la apropiación, el intercambio, la división social, técnica y sexual del trabajo. Entonces, «[...] lo que los individuos son depende, por tanto, de las condiciones materiales de su existencia» (Marx y Engels, 1983, citados en Arbesún, 2009, p.157).

En síntesis, la subjetividad no es una esencia inmutable, ya que depende del agenciamiento de enunciación que la produzca y que nos permita pensar y accionar desde allí. Es decir, se trata de una serie de elementos heterogéneos (de orden biológico, social, imaginario, maquínico, etc.) que nos atraviesan y constituyen, produciendo efectos como la naturalización de las relaciones de poder-dependencia en ámbitos como el laboral. Según Giorgi (2003), la producción de subjetividad refiere a

[...] diferentes formas de construcción de significados, de interacción con el universo simbólico-cultural que nos rodea, las diversas maneras de percibir, sentir, pensar, conocer y actuar, las modalidades vinculares, los modelos de vida, los estilos de relación con el pasado y con el futuro, las formas de concebir la articulación entre el individuo (yo) y el colectivo (nosotros). (párr. 2)

Estas diversas maneras de interacción y de establecer modalidades relacionales se generan desde los primeros vínculos. En este sentido, Giorgi (2003) identifica diferentes prácticas sociales eficientes para moldearlas: el lugar asignado al sujeto en el grupo de referencia y las prácticas discursivas que derivan de él, las prácticas, modelos y matrices predominantes en los microgrupos, y las instituciones y las instancias normativas y normalizadoras fomentadas por los medios de comunicación. Dichas prácticas propician la internalización del modelo de producción capitalista, en el que luego se insertará el sujeto, sujetado a estos mandatos sociales.

1.4. Modos de subjetivación y objetivación

Una cuestión relacionada, siguiendo a Zangaro (2011), es la comprensión de los *modos de subjetivación*, que supone considerar los *modos de objetivación* por medio de

los cuales devenimos sujetos, constituyéndonos en objetos de una teoría o de una práctica. Nuestros modos de obrar y de pensar están en estrecha relación con los modos de objetivación-subjetivación en la medida que estas categorías son constitutivas de un saber posible (Foucault, 1990, p. 26).

Foucault (1990) identifica tres formas de objetivación: la primera, constituida por «[...] los modos de investigación que buscan acceder al estatuto de ciencia [...], la objetivación del sujeto productivo» (p. 20) y la objetivación que la historia natural y la biología hacen del ser vivo. La segunda se forma a partir de la objetivación de las *prácticas escindentes*, en las que el sujeto es dividido en el interior de sí mismo o de los otros. Finalmente, el tercer modo refiere a las prácticas que el sujeto ejerce sobre sí: «Se encuadran en un conjunto de valores y reglas que son propuestos a los individuos y grupos de manera más o menos explícita a través de un código (moral) respecto del cual se evalúan los comportamientos de los individuos» (Zangaro, 2011, p. 29).

En consecuencia, se deja de lado lo ideológico y lo institucional para focalizarse en las técnicas específicas de gobierno, partiendo de la idea de una subjetividad maquínica «[...] fabricada, moldeada, recibida, consumida» (Guattari y Rolnik, 2006, p. 39). El concepto de *gobierno* remite a las técnicas de poder ejercidas sobre los individuos: por medio de ellas el sujeto es conducido a observarse a sí mismo, al tiempo que lo guían y le disponen las acciones de los otros (Zangaro, 2011).

Un «poder reticular» nos atraviesa (Foucault, 1992) y pone en marcha el *capitalismo mundial integrado* (CMI, en adelante) de Guattari (2004). Su producción, más que en la esfera de la ideología, de la representación, está en la modelización de comportamientos, en la producción de relaciones sociales, de la memoria, la manera de percibir el mundo, articularse con el tejido urbano, en los procesos maquínicos del trabajo y el orden social: son modos de expresión discursivos y no discursivos, niveles semióticos heterogéneos:

Lo que es producido por la subjetividad capitalística, lo que nos llega a través de los medios de comunicación, de la familia, de todos los equipamientos que nos rodean, casi no son ideas; no son la transmisión de significaciones a través de enunciados significantes; ni modelos de identidad o identificaciones con polos maternos, paternos, etc. Son, esencialmente, sistemas de conexión directa entre, por un lado, las grandes máquinas productoras y de control social y, por otro, las instancias psíquicas, la manera de percibir el mundo. (Guattari y Rolnik, 2006, p. 84)

En el CMI lo económico constituye el diagrama privilegiado, que opera como un sistema semiótico y de axiomatización del socius y propicia una reconversión de la

subjetividad y los modos de producirla (Wittke, 2005). Esta industria de subjetividades en serie «[...] fabrica la relación con la producción, con la naturaleza, con los hechos, con el movimiento, con el cuerpo, con la alimentación, con el presente, el pasado y el futuro» (Guattari y Rolnik, 2006, p. 58) mediante tres mecanismos básicos. En primer lugar se encuentra la *culpabilización*,³ entendida como la respuesta a una imagen de referencia que nos cuestiona y nos angustia, asumiendo la singularidad de nuestra posición en la reproducción de modelos estereotipados. En segundo lugar tenemos la discriminación, es decir, «[...] sistemas de jerarquía inconscientes, sistemas de escala de valores y sistemas de disciplina» (Guattari y Rolnik, 2006, p. 56) para la mantención de un orden social. Por último, en tercer lugar, está el elemento esencial de las subjetividades capitalísticas: el mecanismo de infantilización, en el que el Estado interviene como mediador de «[...] cualquier tipo de intercambio económico, cualquier tipo de producción cultural o social» (Guattari y Rolnik, 2006, p. 57), estableciendo una relación de dependencia.

Cada modo de producción tiene su régimen de verdad a partir del cual se establece un orden del discurso que atraviesa lo social y sujeta a los sujetos a un estado de dominación históricamente determinado hasta naturalizarla para asegurar su reproducción. Que el trabajo dignifica, nos hace sentir útiles y que quienes no lo hacen son improductivos son categorías de prácticas escindentes, basadas en una sociedad donde rige la desigualdad sostenida por un régimen particular de trabajo que se ha cristalizado y que se ha conformado como lo bueno. Es decir, así como la subjetividad es el resultado de un proceso histórico, lo es también la relación entre el sujeto y el trabajo, que se sostiene incuestionable en la mayor parte de los sujetos gracias a este proceso de subjetivación.

2. Sobre el concepto de *trabajo* y su distinción respecto al *empleo*

La literatura reciente ha mostrado un creciente interés por el mundo del trabajo: su sentido, los cambios en el trabajo asalariado, las transformaciones de los medios de

³ Este concepto, que debe distinguirse del de *mecanismo sadomasoquista*, de naturaleza freudiana, refiere a que «Lidiar con esa problemática no pasa por un psicoanálisis generalizado, sino por procedimientos micropolíticos [...] que disuelvan esos elementos de culpabilización de los valores capitalísticos» (Guattari y Rolnik, 2006, p. 65).

producción, la precarización y la flexibilidad laboral, entre otros temas. Pero... ¿qué es el trabajo?

Para de Quiroga (2007), el trabajo «[...] es una acción previamente planificada y social» (p. 8); además, siguiendo a Marx (1867), esta autora estipula que a diferencia de los animales, que operan de forma instintiva y mecánica, el hombre diseña previamente en su mente una estrategia de trabajo con la cual actuar sobre la naturaleza y producir los objetos destinados a la satisfacción de sus necesidades vitales. Presentado como el hecho más esencial y significativo de lo humano, supone el punto de partida de la producción y reproducción social de la vida en su doble relación: con los hombres y con la naturaleza. A su vez, determina las posibilidades de existencia en función de las modalidades con las cuales producimos lo que producimos y la distribución que de ello realizamos.

Análogamente, Neffa (2003) lo define como una actividad que, realizada por una o varias personas, se orienta hacia una finalidad, ya sea la prestación de un servicio o la producción de un bien (de realidad objetiva y exterior al sujeto que lo produjo), con una utilidad social: la satisfacción de una necesidad personal o de otras personas. Tanto para Neffa (2003) como para Gorz (1998) supone una actividad práctico-sensorial, pues involucra a todo el ser humano y despliega sus capacidades no solo fisiológicas y biológicas, sino también psíquicas y mentales.

Por otra parte, en un sentido antropológico, Marx (2010) describe el trabajo de la siguiente manera:

El trabajo es, en primer lugar, un proceso entre el hombre y la naturaleza, un proceso en que el hombre media, regula y controla su metabolismo con la naturaleza. El hombre se enfrenta a la materia natural misma como un poder natural. Pone en movimiento las fuerzas naturales que pertenecen a su corporeidad, brazos y piernas, cabeza y manos, a fin de apoderarse de los materiales de la naturaleza bajo una forma útil para su propia vida. Al operar por medio de ese movimiento sobre la naturaleza exterior a él y transformarla, transforma a la vez su propia naturaleza. Desarrolla las potencias que dormitaban en ella y sujeta a su señorío el juego de fuerzas de la misma. (pp. 215-216)

Sin embargo, para Gorz (1998) el tipo de trabajo que la emergencia del capitalismo ha impulsado es el del trabajo-mercancía: el trabajo abstracto «[...] mensurable, cuantificable, separable de la persona que lo “ofrece”, susceptible de ser comprado y vendido en el “mercado de trabajo”» (p. 65). Esto lo ubica en una estandarización prácticamente represiva y lo opone a la idea marxista del trabajo poético. Es decir, si por *poiesis* entendemos todo proceso creativo, podemos equiparar el trabajo del obrero

al del artista; sin embargo, es la escisión del trabajo, por un lado, y la poiesis y la praxis, por otro, lo que define la condición de enajenación que el capitalismo ha propiciado mediante la cosificación, la mercantilización y la plusvalía sobre la que profundizaremos más adelante.

Si bien hemos utilizado hasta aquí indistintamente los conceptos de *trabajo* y de *empleo*, en tanto el trabajo humano en su mayoría es capturado por el capital en el empleo, es conveniente no hacer caso omiso a tal distinción. En el caso del trabajo, la producción de bienes y de servicios puede estar circunscrita a la esfera no mercantil, como el uso doméstico, pero cuando el trabajo se realiza con el objetivo de percibir un ingreso, estamos en presencia de un empleo. Por otra parte, el trabajo-empleo «[...] está socializado, homologado, legalizado, legitimado, definido por las competencias enseñadas, certificadas y aranceladas» (Gorz, 1998, p. 65).

De acuerdo a Martínez (2005), el término *empleabilidad* refiere a «[...] las calificaciones, los conocimientos y las competencias que aumentan la capacidad de los trabajadores para conseguir y preservar un empleo, mejorar su trabajo y adaptarse al medio» (pp. 54-55). Se utiliza como alternativa para fidelizar al empleado cuando comienzan a destruirse los modelos de empleo de por vida, lo que consecuentemente repercute en la identidad y en el sentido de pertenencia de los trabajadores. A su vez, de la mano de una operación ideológica, la cualificación que persigue «[...] frustra cualquier promesa integradora del mundo del trabajo» (Alves, 2001, p. 3), pues reviste una dinámica social de exclusión. Para Gentili (1998, citado en Alves, 2001), la empleabilidad estructura, orienta y define las opciones así como la falta de opciones de los individuos en el campo educativo y en el mercado de trabajo, determinando las políticas de formación profesional del «deber ser».

Sin embargo, lo que en el Estado de bienestar fue una promesa que articulaba la educación (conjunto de saberes, competencias y credenciales) con la integración al mundo del trabajo y la vida productiva, se pierde con la lógica neoliberal, que hace del consumo de saberes la posibilidad de competir en un mercado de trabajo cada vez más restringido y para nada garantizado. Así se pone en práctica, de forma sutil, uno de los mecanismos de la industria de subjetividades del CMI: la culpabilización (Guattari y Rolnik, 2006), que atribuye al individuo el fracaso de su inserción (Alves, 2001). Asimismo, estas características asociadas a la función de los asalariados (y no a la persona) les confieren los derechos correspondientes y los inscriben en un flujo de intercambios sociales, que suponen una codificación, una «[...] homologación de las competencias, de los procedimientos y las necesidades [...], es un poderoso medio de

socialización, de normalización, de estandarización que reprime o limita la creación» (Gorz, 1998, p. 13).

Por otra parte, vinculadas a las nuevas modalidades de sujeción, se generan sentidos novedosos que devienen en formas de vidas laborales que son definidas por Flores y Garay (2003) como la *vida wired de productividad* y la *emprendedora* (Wittke, 2005). La primera refiere a una organización del trabajo en torno a proyectos sucesivos y motivados por inspiraciones o talentos, que se ejercen sin intención de sentar allí las bases para una identidad. Esta modalidad caracteriza a los sujetos que rehúyen al compromiso de tiempo completo o vitalicio en una firma. Sus organizaciones son intensas y efímeras. Asimismo, los espíritus emprendedores se distinguen de los anteriores por el sentido del compromiso establecido con la vida en comunidad (Wittke, 2005). A través de proyectos, de servicios o de productos aportan un valor a la comunidad en la que viven, logrando que sus decisiones tengan total eficacia pública. Su talento radica en la sensibilidad a las tensiones y conflictos de valor que comparte su comunidad (Wittke, 2005).

En todos los casos lo que tenemos entonces es una diseminación del dispositivo empresa como paradigma de administración en todos los ámbitos de la vida de los individuos o, como propone Wittke (2005), el fenómeno de la empresarización de la vida «La empresa es puro verbo, emprender. De esta manera la materialidad de la empresa se constituye en un orden simbólico, un proyecto, un conjunto de valores y una determinada ética» (p. 5). La responsabilidad y la preparación que conlleva la inserción al mercado laboral promueven una suerte de equivalencia entre el sujeto y la organización, convergiendo en un mismo objetivo: la autogestión. El trabajador es libre de vender su fuerza de trabajo al mejor postor, con la responsabilidad que ello conlleva: toda acción eficaz se lleva a cabo en pro de la vida que legitima la lógica capitalista.

2.1. La sociedad organizada y la aparición de la empresa

Asistimos a una sociedad de las organizaciones que, más allá de la forma que adopten, constituyen el fenómeno más relevante de la realidad social. Tanto es así que cualquier fenómeno, sea del carácter que sea, se encuentra atravesado por su presencia (Martín-Quirós y Martín, 2009).

Conceptualmente, la idea de *organización* puede aludir a una organización social en sentido genérico o en un sentido particular, de carácter familiar, económico, religioso, etc. Puede, además, ser comprendida como sistemas racionales tendientes a

determinadas metas o como sistemas naturales que buscan sobrevivir en un contexto incierto, a saber, sistemas cerrados autosuficientes y relativamente aislados, o abiertos, de carácter social, influidos y penetrados por el entorno (Martín-Quirós y Martín, 2009). Aunque, desde otro ángulo, una aproximación micro puede presentarla como tipos distintivos del contexto social que influyen en la conducta, en los valores y en las actitudes de los participantes, en pos de los requerimientos de la organización. Una aproximación macro, en contrapartida, le aportará un carácter más globalizador (Martín-Quirós y Martín, 2009).

De todas formas, es ineludible la complejidad que conlleva definir un concepto que abarca entidades sociales tan heterogéneas. Sin embargo, para nuestro propósito entendemos ajustada la síntesis realizada por Porter, Lawler y Hackmann (1975, citados en Díaz, 1998), quienes reúnen las características comunes en las definiciones existentes y proponen entenderlas como un grupo de individuos que, con el fin de alcanzar ciertos objetivos, se asocian, utilizando la diferenciación de funciones y la división del trabajo mediante acciones coordinadas y dirigidas racionalmente durante un período continuado de tiempo (Díaz, 1998). Esta idea de organización tiene su origen en la modernidad industrial, que como hemos presentado trae consigo un nuevo *ethos* en cuanto al significado y al valor de la actividad laboral. Una revolución que reestructura las relaciones sociales en torno al trabajo productivo, tornándolo un mecanismo personal y social para conseguir metas en diferentes planos (político, económico, social, personal, etc.) (Martín-Quirós y Martín, 2009). En este escenario, sustentar la actividad laboral y organizar las actividades de las distintas esferas sociales demandó la configuración de una red de instituciones que, mediante mecanismos de formalización, convencionalización y estandarización, contribuyeron a la creación de una sociedad altamente normativizada, regida por convenciones hegemónicas y límites claramente establecidos (Stecher, Godoy y Díaz, 2005).

La relación laboral, que en las sociedades preindustriales se caracterizaba por ser una relación personalizada de subordinación para realizar tareas puntuales, con la sociedad industrial se transformó en una relación salarial que estableció al trabajador en su tarea mediante un contrato de trabajo que, con un cuerpo de normas legales, fijaba una duración y distribución de la jornada laboral, además de las condiciones contractuales y de la protección social (Stecher, Godoy y Díaz, 2005). Las dimensiones económico-productivas y políticas como ejes centrales para la estructuración del orden social posicionaron al trabajo productivo como único medio de integración a la sociedad,

deviniendo un constructor de identidad, un espacio de pertenencia real o simbólica (Schvarstein y Leopold, 2005).

Por su parte, la empresa aparece en este contexto como una institución que recorre la vida cotidiana. Wittke (2005) afirma que el concepto de *empresa* remite a una doble acepción: como establecimiento con fines productivos-lucrativos y como horizontes imaginarios colectivos, pues refiere a un «[...] intento o designio de hacer algo, [a una] acción o tarea que entraña dificultad y cuya ejecución requiere decisión y esfuerzo» (Real Academia Española, 2017).

En definitiva, podemos asumir que, además de producir riquezas, las empresas modulan subjetividades. «Las organizaciones [...] son productoras de subjetividad a través de la pertenencia, de la búsqueda de perdurar y de la necesidad de ser alguien» (Martínez, 2005, en Schvarstein y Leopold, 2005, p. 62). Influyen sobre los individuos afectiva y psicológicamente (Mayo, 1977); en efecto, la cultura funciona como gestante de una identidad que le da sentido de pertenencia a cada individuo, vivencia que es fundamental en el vínculo con la organización, así como también constituye una fuente de estabilidad y de continuidad (Martínez, 2005). La cultura organizacional, entonces, como objeto susceptible de ser gestionado en pos de los intereses de la empresa, mediante las herramientas estratégicas utilizadas para obtener la mayor plusvalía posible, entrega a la fuerza de trabajo una identidad dentro de una particular organización.

Estos modos de organización subrodinan el trabajo y aplican estrategias de disciplinamiento bajo discursos moralizantes que tienen un correlato histórico y un *imaginario social* con el que se corresponden. Atravesados por relaciones de poder y de saber, interactúan sustentando el sistema sobre el que se conforma la empresa como tal y también los trabajadores. Este imaginario social, en tanto *instituido*, se relaciona con un poder que se produce y se reproduce anudado a los deseos para operar como *organizadores de sentido*. Es decir, lo instituido como conjunto de significaciones que son condición de lo representable operan como organizadores de los actos humanos y hacen posible la continuidad y la cohesión de la sociedad, de la institución, del colectivo o del grupo.

Pero no todo es consenso: el carácter de invención de lo imaginario presenta también su susceptibilidad al cambio. Siempre hay *líneas de fuga*, deseos no anudados al poder: referimos al imaginario instituyente, que resistiendo a los universos de significaciones preexistentes abre lugar a la invención de nuevos organizadores de sentido. Siguiendo esta línea, para consolidarse y reproducirse, el orden instituido

inaugura dispositivos de poder que conservan su régimen de verdad. Para Fernández (2007), estos vuelven socialmente transmisibles los discursos del orden, ya que suministran esquemas repetitivos y crean marcos de preceptos que ponen en conexión regularidades de los comportamientos con los fines del poder. Para esto se valen de un montaje, de prácticas discursivas y extradiscursivas, de soportes mitológicos que hablen de pasiones y de sistemas de legitimación que hagan que el poder afecte y se «[...] inscriba en el espíritu de los hombres» (Fernández, 2007, p.86). En esta línea, también la relación trabajo-empresa tiene sus cimientos en una serie de dispositivos para el diseño organizacional, que apelando a *modos*⁴ subjetivos y objetivos de dominación, a factores tanto materiales como simbólicos, son representados en los modos de organización del trabajo.

3. Las sociedades disciplinarias en tiempos modernos

«Nada es más material, más físico, más corporal que el ejercicio del poder.»
(Foucault, 1992, p.105)

Durante mucho tiempo se ha opuesto lo subjetivo a lo objetivo, término, este último, que referiría a una adecuación del representado con la representación que es clara y distinta, mientras que lo subjetivo cayó en una desvalorización que se fue «[...] naturalizando con el uso y sobrecodificando con los distintos intereses y poderes en juego [...], que también contaminó posturas críticas, la deshumanización del mundo y la explotación del hombre por el hombre» (Folle *et al.*, 2001, p. 26). Esta es una dicotomía solidaria que se establece entre el mundo interno y el mundo externo, y cuya escisión es importante como resultado de un proceso histórico y social (Wittke, 2007) a partir del concepto de *modo de subjetivación*.

Hacia fines del siglo XVIII la razón se constituyó como camino hacia el progreso y la felicidad de todos los hombres. Este modelo de pensamiento, herencia de la filosofía cartesiana, concibe el mundo como una máquina que se cifra y descifra en términos físico-matemáticos (Rozas, 2012). Según Rozas (2012), debía de haber una ciencia general capaz de explicar la naturaleza y sus fenómenos en términos de orden, medida y proporción, un saber o fundamento de todas las ciencias que permita devolver a los

⁴ «Desde luego, es la resistencia de los trabajadores la explicación última más argumentada cuando se analiza el auge de las condiciones de trabajo como problema social, el anuncio de la crisis del taylorismo o la «necesidad» de nuevas formas de organización del trabajo» (Castillo, 1983, p. 204).

objetos y a sus relaciones una identidad fenoménicamente oculta. Con este objetivo se consolida un método científico consistente en dividir los elementos fundamentales para estudiarlos individualmente y comprender los fenómenos.

Bajo el influjo del paradigma positivista se gestó un pensamiento reduccionista y lineal en el que el funcionamiento racional y científico de las organizaciones constituía un horizonte posible:

Esa razón tiene su propia imagen de la historia: la del progreso, tal como se esboza en el inacabable progreso técnico y económico de la sociedad moderna. La razón —es decir, sus representantes— confunden ese indudable progreso con un progreso a mejor. [...] En ese juego de palabras resuena el hecho de que la Ilustración esperaba algo distinto y mejor que los meros progresos técnicos, económicos y administrativos: liquidar la locura y el dominio al acabar con la ignorancia y la pobreza. (Wellmer, 1985, p. 77)

En este contexto Foucault (1992) sitúa el apogeo de las sociedades disciplinarias, que a diferencia de las *sociedades de soberanía* encuentran la eficacia del poder en su invisibilidad. Si antes el cuerpo de los hombres era la superficie para la inscripción de los suplicios (Apreada, 2004) y «[...] el cuerpo del rey no era una metáfora, sino una realidad política» (Foucault, 1992, p.103), en los modelos disciplinarios la materialidad del poder está sobre los cuerpos mismos como resultado de una coerción siempre amenazante, en la que el cuerpo pasa a ser pasible de una corrección, reformatión y formación para el trabajo. Como técnicas, las disciplinas pretenden la ordenación de las multiplicidades humanas (Foucault, 2015) mediante la articulación de una serie de estrategias que tiendan a la normalización mediante la acción de un conjunto de instituciones, praxis y saberes que conforman los dispositivos (Salinas, 2010). He ahí la homogeneidad abarcadora y compulsiva de la vigilancia constante que caracteriza a la modernidad (Bauman, 2015), porque, tal como describimos anteriormente, aquello que se naturaliza, lo que aparece como legítimo, debe ser valorado en la inmanencia de su dispositivo: el saber científico tiñe la esfera política y moral.

3.1. El hombre como apéndice de la maquinaria industrial

Taylor es quien inaugura la búsqueda de la racionalidad organizacional al marcar el rumbo de la organización del trabajo, que respondería a las exigencias productivas y gananciales de las nacientes plantas industriales, que constituyen una figura ineludible en la organización industrial. Así, Álvarez (2010) explica que las migraciones europeas hacia el territorio norteamericano dieron lugar a una «[...] hegemonía política y

económica de la minoría blanca, sajona y protestante [...], que impuso el puritanismo calvinista, preocupado por preservar y agrandar la individualidad expresada en la ansiedad de la propiedad» (p.18). Si seguimos a este autor, se puede inferir la motivación de Taylor por la racionalización de las operaciones elementales de la fábrica y la consecuente actitud paternalista y disciplinaria ejercida sobre el obrero con el fin de optimizar su capacidad física y mental (Álvarez, 2010).

La «organización científica del trabajo» separa la ejecución del diseño y consolida una visión de la gestión como ingeniería, basada en un diseño técnico preciso (Capra, 2003) que incorpora el cronómetro con el fin de acelerar la cadencia de movimientos de los operarios; al mismo tiempo, limita los movimientos mecánicos que disminuyen el tiempo muerto generado por movimientos inútiles y torpes. Esta racionalidad totalitaria y homogeneizante se encuentra en permanente lucha con la autonomía y la libertad individual, dado que reduce «[...] las actividades humanas a simples y rutinarios movimientos fuertemente predeterminados que debían seguirse de manera obediente y mecánica, sin intervención de las facultades mentales y manteniendo a raya todo sesgo de espontaneidad e iniciativa individual» (Bauman, 2015, p.31). Además, «Lo que antes quedaba librado a la capacidad y destreza del hombre de oficio, ahora había que preverlo y elaborar respuestas estandarizadas» (Arocena, 2010, p. 52).

Taylor idea un método racional de trabajo sobre la hipótesis de que la empresa debe operar según un único modelo, «the one best way». Para ello argumenta que siempre hay un método y una herramienta que es mejor que cualquier otro, pero que solo puede ser develada a la luz de un minucioso análisis científico (Arocena, 2010). Además, propone que la ciencia establecería leyes que sustituyen el juicio personal de los trabajadores y que, al ser aplicadas gracias al estudio sistemático al cual han sido expuestas, responderían de un modo efectivo. Así «Generó la fragmentación de las tareas realizadas en el trabajo, la medición de los movimientos, gestos y posturas del trabajador» (Wittke, 2005, p. 148). La división a su vez conlleva una clasificación de los perfiles y de los métodos de realización bajo la premisa de que cada individuo debe estar en el lugar adecuado: «the right man in the right place». De esta manera, los miembros de la organización estarán contentos con la tarea y los resultados serán superiores a los conseguidos por el sistema de «iniciativa e incentivo», pues la remuneración es proporcional a la complejidad del puesto (Arocena, 2010).

Conforme a la dualidad mente-cuerpo, el individuo es escindido; el personal, considerado puro cuerpo, es puesto en movimiento de manera aislada pero acorde respecto a los otros, y el management es pura mente que a partir de un diseño preciso

pondrá en movimiento a los cuerpos es pos de la productividad (Zangaro, 2011). Mediante el método de Taylor, Ford en 1913 propone un modelo de producción que ahorra tiempos muertos con el afán de generar más producción. Se sustituye el contacto interpersonal y las identidades por el anonimato en el marco de una mecanización y automatización que organizan «[...] las nuevas cadenas de montaje, incorporando la noción de fragmentación del acto de producción como forma de maximizar el aprovechamiento de los recursos humanos y materiales» (Arocena, 2010, p. 39). Así, el obrero se adaptaría a una cadena de montaje a la máxima velocidad posible sin moverse de su puesto de trabajo, lo que conforma un modelo de industrialización, acumulación y regulación que en palabras de Lipietz (1996, citado en Bauman, 2015) puede describirse como

Una combinación de formas de adaptación de las expectativas y la conducta contradictoria de los agentes individuales, con respecto a los principios colectivos del régimen de acumulación. [...] El paradigma industrial incluía el principio taylorista de racionalización, sumado a una mecanización constante. La «racionalización» se basaba en la separación de los aspectos intelectual y manual del trabajo. (p. 62)

De esta manera, el taylorismo-fordismo permitió la incorporación masiva de mano de obra no calificada para disciplinarla y lograr extraer el máximo de plusvalía.

Arocena (2010) expone que la racionalidad, que en un principio se buscaba en la conducta del hombre, posteriormente se extendió a todos los factores que hacían a la organización y que debían ser controlados. Mayo (1977) llega a la conclusión de que sobre la productividad influyen otros factores que escapan a la problemática humana, que debía ser considerada en relación a la organización global. Postula que si los individuos provocan disfuncionalidades es porque no se están elaborando respuestas acordes a sus necesidades; comparado con el método taylorista, no se supera el dualismo clásico aunque persiste la misma lógica mecanicista, en tanto se pretende una adaptación total del ser humano a la racionalidad de la organización. En resumen, se pasa de la adaptación al puesto de trabajo a la adaptación por la satisfacción, y se reduce el grupo formal a una necesidad individual.

Finalmente, la estructuración del terreno social antes graficada y fundamentada en la división técnica del trabajo, especialmente de tipo vertical, establece relaciones disciplinarias que «sujetan» al sujeto al control y a la vigilancia constante de sus acciones, propiciadas por las redes institucionales estatales y no estatales, con el propósito de internalizar el control en los individuos mediante un régimen escópico que opera como causa inmanente del dispositivo panóptico y del fenómeno del panoptismo

(Wittke, 2007). Esto causa una autorregulación tendiente a mantener ciertas pautas de trabajo y producción determinadas con el fin de ligarlos al aparato productivo:

El panóptico es el diagrama de un mecanismo de poder referido a su forma ideal [...], una figura de tecnología política [...], es un tipo de implantación de los cuerpos en el espacio, de distribución de los individuos unos en relación con los otros, de organización jerárquica, de disposición de los centros y de los canales de poder, de definición de sus instrumentos y de sus modos de intervención, que se puede utilizar en los hospitales, los talleres, las escuelas, las prisiones. [...] En cada una de sus aplicaciones permite perfeccionar el ejercicio del poder. (Foucault, 2015, pp. 237-238)

4. Las sociedades de control: nuevas lógicas de sujeción

Tal como se ha expuesto, los procesos de organización del trabajo se corresponden con distintos momentos en el desarrollo del capitalismo. Es así que, paralelamente a los mecanismos disciplinarios mencionados pero bajo formas más sutiles, surge un ejercicio de poder capaz de responder a un naciente mercado altamente dinámico y competitivo (Wittke, 2007). Deleuze (1991) propone el declive de las sociedades disciplinarias y ubica en su lugar a las de control, que gradualmente imponen una nueva lógica modeladora de subjetividades, un nuevo régimen de poder y de saber que, a diferencia de las disciplinarias, se amplía a los espacios abiertos y posibilita formas de sujeción más efectivas y omnipresentes (Giaccaglia *et al.*, 2009). Gracias a una forma altamente tecnologizada, estas sociedades operan como un panóptico semiinvisible (Araújo, 2011), cuya finalidad es producir la autorregulación del sujeto sin el costo de una vigilancia permanente.

Franco y Goncálvez (2005, en Schvarstein y Leopold, 2005) sostienen que las instituciones de confinamiento que caracterizaban a las sociedades disciplinarias comienzan a desmoronarse, mientras que su lógica es generalizada a todo el cuerpo social. La configuración del espacio social estriado que propiciaba el recorte disciplinario da lugar a un espacio liso altamente dinámico, a un territorio que es recorrido sin trayectos predeterminados ni circuitos restringidos. Acuñados por Deleuze y Guattari (2002), *liso* y *estriado* son conceptos que remiten a sociedades nómadas y sedentarias, respectivamente. El espacio liso es un espacio no codificado, flexible, ocupado por el deseo, mientras que el segundo es un espacio rígido, previamente codificado: es el *a priori* generado por la alteridad. Así es que, volviendo a la cuestión de los modelos, en el disciplinar se produce subjetividad sobre un espacio estriado conformado por

instituciones productoras de ciudadanía bajo un régimen normalizante de vigilancia y castigo; en cambio, en las sociedades de control se «goza» de la libertad hipermoderna.

Sin embargo, esta libertad se halla sujeta a las fluctuaciones de un mercado altamente dinámico y competitivo, del cual derivan problemáticas relacionadas a la flexibilización laboral, al trabajo transitorio y al trabajo precario. Este estado de cosas repercute en la intimidad más profunda, en la construcción y desconstrucción de subjetividades (Araújo, 2008). Produce, a su vez, un monto de sufrimiento psíquico que nos inscribe en la cultura de la ansiedad y de la pérdida, y también configura una reestructuración psico-social en los individuos. Sus mecanismos flexibles y desterritorializados encubren una explotación igual o mayor a la modalidad taylorista-fordista, resultante de la implicación libidinal del trabajador al alineamiento de la lógica empresarial.

Con *psico-social* se hace alusión a la actividad que los trabajadores desarrollan y al impacto que las condiciones laborales pueden tener sobre su corporeidad y psiquismo; el concepto abarca una dimensión individual (el trabajador) y una social (relacionada a la respuesta a determinadas condiciones procesadas bajo una forma específica de concebir la realidad). En el ámbito laboral deriva de tres categorías fundamentales: el proceso de trabajo, los elementos que derivan de él y la relación que guarda con el «despliegue del cuerpo y de la mente» de los trabajadores (Martínez, 2011). Bajo la lógica antes mencionada implotan los cuerpos con una repercusión que no se circunscribe únicamente al ámbito laboral, sino a la vida toda.

4.1. El modelo toyotista y la producción flexible

Impulsada por la transformación tecnológica, a partir de los años ochenta comienza emerger una nueva forma de organización del trabajo, inspirada en el modelo japonés Toyota, un modelo originalmente pensado para la fabricación automotriz y posteriormente extrapolado a diferentes ámbitos. También conocido como «just in time» ('justo a tiempo'), esta modalidad se asienta sobre la idea de producir en el momento justo la cantidad necesaria al menor costo y con la mayor calidad posible. Se genera así una producción flexible, siempre sujeta a la demanda del consumidor, de modo que este pueda acceder al producto que desee en un tiempo recortado. Ahora bien, la respuesta a esta demanda no solo debe ser instantánea, sino que debe ser acentuada sobre la

capacidad de producir una variedad acelerada y creciente de productos, en cantidades reducidas, de precios bajos y obsolescencia acelerada (Gorz, 1998).

Al igual que el modelo taylorista-fordista, el sistema de producción Toyota también extrae la productividad mediante múltiples dispositivos para el control minucioso del tiempo y de los movimientos de los trabajadores; sin embargo, dada la serie de principios en los que se asienta, supuso una revolución cultural para el pensamiento y la gestión occidental. Bajo las rigideces de las cadenas de montaje fordistas, los esfuerzos estaban focalizados en el control de los obreros más que en el fin de la organización: las cadenas estaban concebidas para la producción en serie, el aislamiento y la especialización extrema, lo que demandaba una vigilancia constante que mantuviese la sincronización del proceso y que retardara los tiempos de planificación y desarrollo de los nuevos productos (Gorz, 1998). En contrapartida, uno de los principios básicos del modelo Toyota es la gran cuota de autogestión, creatividad e ingenio del obrero como modalidad tendiente a la mejora continua de la productividad y de la calidad.

En otras palabras, el nuevo sistema demanda un trabajador que sepa ser y hacer adaptativamente frente a los vaivenes de un mercado cambiante. Esto requiere de un saber técnico, un *general intellect*: saber qué se hace y cómo se hace, es decir, que el proceso se vuelva inteligible, que los trabajadores puedan reflexionar y racionalizar acerca del producto o del servicio, además de lograr llegar a acuerdos «comunicativamente» con los otros miembros y grupos (Gorz, 1998). Este tipo de estrategias vehiculiza la formación de trabajadores polivalentes, capaces de ocupar cualquier puesto, de capacitar y de alentar a los demás miembros en el cumplimiento de los objetivos empresariales.

En consecuencia, el principio de mejora continua (*kaizen*)⁵ apuesta a la supresión de los procedimientos operativos impuestos «desde arriba» para «liberar» a los asalariados hacia una «cooperación productiva» espontánea, en vistas de perfeccionar los procedimientos a pesar del rasgo de estandarización que supone el trabajo. No obstante, estos pilares se sostienen gracias a un trabajador que ha interiorizado los objetivos de la empresa y que se ha alineado a ellos. Orientado a la satisfacción del cliente y a la mejora continua, ha pasado por técnicas de normalización que no solo se materializan en los ritmos y en los movimientos impuestos, sino que también, de forma

⁵ La filosofía *kaizen* es desarrollada por Masaaki Imai en su libro *Kaizen: la clave de la ventaja competitiva japonesa*. Numerosas empresas la han implementado para aumentar la calidad y el mejoramiento continuo de todos los procesos de producción, involucrando todos los niveles de la jerarquía organizacional.

más sutil, en su adherencia a la filosofía empresarial y a los valores inculcados, que serán de suma utilidad para incrementar las habilidades y la motivación de los trabajadores.

Resulta, pues, para este modelo, que la producción de trabajadores y la producción de mercancías es parte de un mismo proceso. Así, Newman (2012) establece que la

[...] calidad y productividad forman parte del mismo entramado de extracción de plusvalía, por eso sostenemos que no se puede dissociar lo material de lo simbólico porque la producción *just in time* no puede llevarse a cabo sin la “colonización” del compromiso de los trabajadores con el control de la calidad del producto. (p. 49)

4.2. El hombre-empresa y el auge de la sociedad managerial

«El dispositivo es un régimen social productor de subjetividad, es decir, productor de sujetos-sujetados a un orden del discurso, cuya estructura sostiene un régimen de verdad.»

(García, 2011, p. 7)

La implementación de este último modelo supuso la circulación continua y la rápida eliminación de estancamientos del trabajo mediante sofisticados dispositivos, orientados al control de la fuerza laboral. Tal como mencionamos, la informatización de los procesos de trabajo demandó un trabajador entrenado que, además, se implique en la acción grupal a través de la división del trabajo y que incorpore las demandas del mercado al proceso de producción, hecho que genera una reutilización de las capacidades cognitivo-afectivas (Wittke, 2005). Aparece con ello la necesidad de desarrollar nuevas tecnologías de gestión, con lo que adquiere todo su esplendor la forma de la sociedad managerial (Aubert y De Gaulejac, 1993). Para poder continuar, es necesario trabajar dos conceptos: el de dispositivo y el de management.

El término *dispositivo* constituye un eje transversal en el pensamiento de Foucault (1977). Dicho autor, aunque no ofrece una definición propiamente dicha, sí refiere a él como un conjunto heterogéneo que cada cosa, sea discursiva o no (economía compuesta por discursos, instituciones, leyes, habilitaciones arquitectónicas, proposiciones filosóficas, morales, etc.), incluye y tiende virtualmente una red con una función estratégica que pretende capturar, orientar y controlar las conductas y los discursos de los seres vivos (Agamben, 2011).

En este sentido y en cuanto al ámbito propiamente laboral, Figari (2009), citado en Newman, 2012) propone entender los dispositivos de control como

[...] la variedad de instrumentos empresariales que buscan ajustar el comportamiento de los trabajadores a los objetivos de eficiencia/productividad y competitividad de las firmas. Los dispositivos de control aportan a la vez un andamiaje material y simbólico, con potencialidad para manipular sentidos y transmitir los principios estructurantes del comportamiento eficaz. (p. 49)

De acuerdo a las variaciones de los diagramas de poder, los dispositivos generan una flexibilidad que permite responder en función del régimen histórico. Las relaciones de poder, entonces, son retomadas en un contexto diferente que desplaza los «dispositivos» modernos hacia las prácticas de sí del sujeto. Desplazamiento no en sentido estricto, pues no supone un abandono sino una extensión del campo de análisis, una relación de inclusión-complementación (Salinas, 2015). Es así que tanto en el toyotismo como el modelo de producción flexible se tienden a mezclar otras formas de racionalización del trabajo en una dialéctica integradora, que articula lo nuevo y lo arcaico (Alves, 2001).

Deleuze (1990), en relación al concepto de dispositivo, alude a un conjunto multilineal de diferente naturaleza, donde cada línea (fuerzas sociales, económicas, institucionales, afectivas, etc.) se encuentra quebrada y sometida a desviaciones. Para este autor, el dispositivo está conformado por una variedad de dimensiones, dentro de las cuales encontramos las curvas de visibilidad y de enunciación. Las primeras refieren a líneas de luz que conforman figuras esfumadas y variables, mientras que las segundas determinan el espacio de lo enunciable en el campo de un dispositivo dado (Deleuze, 1990). Por otro lado, implica líneas de fuerza que a modo de flechas no cesan de penetrar las cosas y las palabras, extendiéndose de un punto a otro (Deleuze, 1990). Finalmente, como caminos de resistencia y trasgresión, las líneas de subjetivación se vuelven sobre sí mismas en la conformación de un proceso de individuación que escapa a los saberes instituidos y permite reorientar el mapa (Deleuze, 1990).

Esta reorientación se abre camino en aquello que Foucault (1990) denominó *tecnologías del yo*, la dimensión de la subjetivación donde el individuo actúa sobre sí mismo con la finalidad de convertirse en un hombre libre. Sin embargo, estas tecnologías pueden ir tanto en dirección de la autonomía como de la sujeción.

Por su parte, el concepto de *management* es definido por Zangaro (2011) como el «[...] conjunto de prácticas por las que el capital, como forma de las relaciones sociales de la modernidad, organiza la fuerza de trabajo y el proceso de trabajo mismo a los fines de acumulación capitalista» (p. 16). La lectura foucaultiana que realiza acerca del

management tiene su punto de partida en relación a los cambios suscitados a partir de los desarrollos económico-políticos de la modernidad, que han impactado de forma directa en la relación hombre-trabajo. De allí se generaliza una visión del individuo como productor de valor, es decir, en términos de utilización productiva de tiempo de trabajo; asimismo, se despliegan conjuntamente toda una serie de juegos de saber-poder que operan sobre el sujeto y que adquieren gran incidencia en la constitución de subjetividad. Por lo tanto, este concepto puede ser abordado como un dispositivo disciplinario en tanto práctica por la cual los individuos operan unos sobre otros, así como también como dispositivo articulador de prácticas de subjetivación (Zangaro, 2011). Esta última forma de abordaje desde una perspectiva foucaultiana puede leerse a modo *dispositivo de gobierno o tecnología del yo*, en tanto formas en las cuales el sujeto se analiza y se conduce de cierta manera (trabajo ético), compatible con modelos morales con los que se aspira alcanzar una finalidad (teología), estableciendo un modo de ser, un *ethos*:

[...] permiten a los individuos efectuar, por cuenta propia, o con ayuda de otros, cierto número de operaciones sobre su cuerpo y su alma, pensamientos, conducta o cualquier forma de ser, obteniendo así una transformación de sí mismos con el fin de alcanzar cierto estado de felicidad, pureza, sabiduría o inmortalidad. (Foucault, 1990, p. 48)

Wittke (2007, 2009) también coincide con esta concepción foucaultiana de las organizaciones en tanto tecnología de producción de subjetividad que articula órdenes técnicos y simbólicos. Además de saber hacer, se espera que el trabajador cumpla con una serie de características y disposiciones personales adecuadas; por lo tanto, en el management confluyen obligaciones hetero- y autoimpuestas que organizan el proceso y la fuerza de trabajo a los fines de acumulación (Zangaro, 2011). En términos generales, podemos afirmar que los discursos manageriales interpelan a los sujetos a alcanzar el éxito. El paradigma para alcanzarlo lo ocupa hoy el modelo empresarial, que generalizado a todos los ámbitos ha penetrado en las relaciones de la vida del sujeto, legitimado por el *espíritu del capitalismo*. Entonces, inexorablemente ligado a la producción capitalista, crea fantasías e imparte modelos identificatorios, en los que la moral se encuentra asociada a conductas y a valores tales como la adaptación, la flexibilidad o el éxito.

A través de sus dispositivos y de los protocolos organizativos e institucionales, Alves (2001) considera que el modelo flexible expresa la hegemonía del capital en la producción como condición sociopolítica y cultural, pues controla lo subjetivo mediante la «autonomización», la «autoactivación», el sistema «just-in-time», el «kanban», el

trabajo en equipo, los programas de calidad total, entre otros. Se demanda, en todos los casos, la utilización de las funciones psíquicas a favor de la empresa.

En este sentido, «Conjuntamente se produce una transferencia de la responsabilidad de la organización y gestión del proceso de trabajo tanto al colectivo de trabajo como al trabajador individual. Estos mecanismos, generan, en su extremo, la equivalencia entre sujeto y empresa» (Wittke, 2007, p. 5).

Entonces, esta suerte de sujeto-empresa o sujeto-organización, metabolizado como parte interna del capitalismo (Métzaros, 1995), ya no solo es «libre» de vender su fuerza de trabajo a cambio de un salario, sino que también es responsable de sí mismo y está librado a su propia iniciativa en el marco de su autonomía (Wittke, 2007), por la que debe responder en términos de rentabilidad o sufrir las sanciones económicas derivadas de su propio comportamiento.

Estos modos de subjetivación, donde el individuo aspira a alcanzar el éxito y se estima por sí mismo, se diferencian de la continuidad laboral y de la identidad que se establecen como finalidad en los dispositivos disciplinarios. Se crea una relación con la propia interioridad que propicia una autorregulación compulsiva, fundamentada en una exigencia de orden superyoico que más que modelar cuerpos canaliza pulsiones y controla espíritus (Aubert y De Gaulejac, 1993). Esto último produce una transición del polo del disciplinamiento al de la autogestión compulsiva del proceso de trabajo como modalidad de sujeción.

4.3. Entonces..., ¿alineación o alienación a la empresa?

«En el mundo al revés, la libertad oprime: la libertad del dinero exige trabajadores presos de la cárcel del miedo, que es la más cárcel de todas las cárceles. El dios del mercado amenaza y castiga, y bien lo sabe cualquier trabajador, en cualquier lugar. El miedo al desempleo, que sirve a los empleadores para reducir sus costos de mano de obra y multiplicar la productividad es, hoy por hoy, la fuente de angustia más universal.»

(Galeano, 2012, p. 9)

Se podría pensar que, opuesto a la dominación y a la represión absoluta del modelo taylorista, la reutilización de las capacidades cognitivo-afectivas del trabajador trae consigo una revalorización del trabajo como actividad humana, permitiendo cierta liberación en y del trabajo. O se podría pensar que este posfordismo lleva al extremo la sujeción de los trabajadores, involucrándolos en una lógica perversa de dualidad cooperación-competitividad, productividad obsesiva e hiperexigencia.

Stanzioni (2016) desarrolló un estudio comparativo de la psicología histórico-cultural de Lev Vigotski⁶ y de las prácticas productivas del toyotismo. Esta autora manifiesta que las capacidades cognitivo-afectivas siempre han estado presentes en el proceso de producción capitalista; sin embargo, en el toyotismo adquieren un carácter central. Aunque advierte una articulación de estas dos líneas (de forma inintencionada), señala una diferencia fundamental, a saber: que el autor bielorruso avanza en el conocimiento de las funciones psicológicas como camino a la emancipación humana, mientras que el modelo de acumulación flexible expropia las capacidades cognitivas del hombre, alienándolo e impactando de forma perversa en su estructura psíquica y mental. Por consiguiente, el ánimo «positivo», la proactividad y la creatividad son las condiciones esperadas del «buen trabajador», cuyo efecto es la patologización de los estados que (también normales) cualquier sujeto puede atravesar: el desgano, la tristeza o la timidez, por nombrar algunos.

Si partimos de la premisa de que la cosificación y la mercantilización capitalista han desposeído al sujeto del carácter poético de su trabajo, cabe preguntarnos acerca de los efectos que ha dejado ese cambio. Surge así la idea de «liquidar las 8 horas», la imagen de un trabajador esperando ver caer el último grano en su reloj de arena para volver a casa (*casa* como sinónimo de *libertad*). Encontramos aquí una disociación imaginaria del tiempo, en la que salir del trabajo implica dar comienzo a la «vida», ir en busca de uno mismo; se revela, entonces, otra disociación: la del sujeto. Se descubre la relación del sujeto con la lógica empresarial y un ritmo diario, una vivencia del tiempo que se estructura a partir del del estar o no estar en el trabajo. La libertad frustrada del ámbito laboral se desplaza a la esfera del tiempo libre para ser recuperada.

Si se contempla la noción de poiesis y se considera que el trabajo en el capitalismo se encuentra dominado por el capital, es decir, restringido a la mercancía, podríamos afirmar que el factor ontopoético propio del trabajo está perdido. Al respecto, Gorz (1998) entiende que la persona que pone en obra sus propios recursos (su cuerpo, su talento, su inteligencia o cualquier otro recurso no separable del sujeto) para realizar los fines de un otro no hace más que incurrir en la esencia misma de la prostitución. Agrega,

⁶ Vigotski realiza un análisis histórico de la formación de las funciones psíquicas a partir de tres caminos que sirven al desarrollo de los postulados teóricos que la autora toma para el estudio: el camino de la investigación ontogenética, la filogenética y la patológica, derivando en obras acerca de «[...] las relaciones entre las funciones psicológicas elementales y superiores, la relación entre el desarrollo y el aprendizaje; y la relación entre el pensamiento y el lenguaje» (Stanzioni, 2012, p. 47). No es el propósito de este escrito la profundización en esta temática, sin embargo es tomada para dar lugar a las conclusiones que de aquí derivan.

además, que esta no se limita a «[...] vender el cuerpo [...], el cuerpo, la sexualidad no son separables de la persona entera, su venta es siempre una *venta de sí*» (Gorz, 1998, p. 53). Es claro que «la venta de sí» no podría imponerse sin las condiciones macrosociales necesarias y la idea de consumo como «necesidad interior»; como eje central de la vida no generarán un contrapeso frente al padecimiento del mundo del trabajo. Por otra parte, las capacidades ahora demandadas se despliegan por iniciativa del propio sujeto, por lo que el andamiaje material y simbólico por el cual el trabajador es involucrado en la lógica empresarial debe de intervenir sobre sus cuestiones subjetivas, lo que implica un trabajo más amplio y sutil que el modelo antecesor.

Foucault (1992) propone que la idea de poder limitado a un ejercicio negativo y represivo sería demasiado frágil, ya que debe producir efectos positivos a nivel del deseo y del saber. Entonces,

Si el poder no fuera más que represivo, si no hiciera otra cosa que decir que no, ¿cree usted verdaderamente que llegaríamos a obedecerlo? Lo que hace que el poder se sostenga, que sea aceptado, es sencillamente que no pesa solo como potencia que dice no, sino que cala de hecho, produce cosas, induce placer, forma saber, produce discursos; hay que considerarlo como una red productiva que pasa a través de todo el cuerpo social en lugar de una instancia negativa que tiene por función reprimir. (Foucault, 2000, p. 137)

De esta forma, el poder

[...] debe desplazarse por encima de la fábrica y tomar la forma de un condicionamiento que conduce al sujeto a aceptar o a elegir precisamente eso que se entiende que le impone. La fábrica, el lugar de trabajo, deja entonces de ser el terreno principal del conflicto central. (Gorz, 1998, p. 52)

Sobre este punto se materializa la desterritorialización y la dispersión de la economía a la que referíamos en los pasajes anteriores. Gorz (1998) propone que el sindicalismo no es eficaz si se focaliza en los lugares de trabajo, puesto que lo que se muestra como un conflicto limitado a lo laboral halla su radicalización en el terreno cultural: en el lenguaje, en el comercio, en el Estado, en los medios de comunicación, etc.; en definitiva, en la cotidianeidad que es configurada por las fuerzas del capital.

Wittke (2005) establece que «[...] correlativamente que al trabajo se lo revaloriza intrínsecamente, se lo desvaloriza extrínsecamente. Esto significa que se lo desvaloriza por la modificación de las relaciones sociales, es decir, por el sometimiento absoluto del trabajo al capital» (p. 2). Por su parte, Moulian (1999) afirma que la flexibilización extrema de los mercados laborales constituye una amenaza constante para el trabajador que no cumple las expectativas de productividad, disciplinarias o políticas. Esto es

notorio en el desarrollo del trabajo temporal y precario, en el que se recurre masivamente a la terciarización de la mano de obra o donde se está desprovisto de toda protección social. Al fin y al cabo, si el trabajo es considerado una mercancía, no es de extrañar que tendrá las mismas características que esta, es decir, será desechable, flexible y a demanda.

Por último, es oportuno referir a la disminución de la adherencia y de la capacidad negociadora del movimiento sindical, especialmente visible en nuestro país, donde participar de forma activa compromete al trabajador o donde directamente las empresas buscan trabajadores sin pasado sindical, esto es, despojados de su identidad de clase, al decir de Gorz (1998). A esto podríamos agregar el debilitamiento sindical producido por la desterritorialización del capital, todo lo cual se agrava ante el individualismo exacerbado que socava la solidaridad y que abandona a los hombres a su suerte.

5. Conclusiones

«Son los héroes oscuros de la precariedad [...] que en su resistencia cotidiana a la razón económica hacen surgir preguntas y respuestas, intenciones y proyectos, y desarrollan en los hechos una política de la vida cotidiana que se funda sobre la libertad de actuar y la posibilidad de crear una organización para sí y los otros que favorezca la autonomía.»
(Gorz, 1998, p. 70)

La tarea del psicólogo social es conocer la realidad en la que estamos inmersos; se trata de desenmarañar la madeja que conforman las fuerzas sociales, económicas, institucionales, organizacionales y afectivas, de manera de levantar un mapa que ponga al descubierto las relaciones que constituyen el poder en los territorios de la vida y de las formas de vivir.

Sobre el entendido de que el trabajo es el hecho más significativo de lo humano, en tanto determina nuestras posibilidades de existencia y las formas en las que estas son producidas y reproducidas, nos propusimos problematizar las prácticas laborales y abrir perspectivas de análisis que permitan comprender, como proponía Pichón-Rivière (2001), al «hombre en situación», es decir, en sus condiciones concretas de existencia.

Hemos señalado que las transformaciones en la organización del capitalismo han instaurado formas de organizar la producción, que en vistas de una mayor extracción de plusvalía han propiciado procesos de subjetivación que abarcan tanto dimensiones singulares como colectivas. En este sentido, como un bucle, el abordaje deja expuestas posibles líneas para nuevos cuestionamientos: ¿cómo generar una adaptación activa a una realidad alienante que demanda de un «deber ser» siempre positivo? Si por *adaptación activa* entendemos la acción transformadora de sí y del contexto, la que supone además una desnaturalización de lo cotidiano, ¿cómo develar críticamente la realidad para que el sujeto pueda construir su propia representación conciliando la perspectiva crítica con los intereses de la organización?

Vimos que las organizaciones son productoras de una subjetividad conflictuada por los modos sociales de sujeción y subjetivación que propician, manteniendo vigente el conflicto capital-trabajo. Entonces: ¿cómo intervenir desde la psicología de las organizaciones y el trabajo y desde las áreas de gestión de los recursos humanos en general sin caer en el paradigma de la empresarización y de los universales de la lógica capitalista? Hoy están en boga propuestas como la programación neurolingüística, el

coaching y la psicología positiva, entre otras. Pero ¿no contribuyen estas estrategias a la creación copiosa del sujeto que el dispositivo empresa demanda?

Por otra parte, como ya hemos referido, el conflicto capital-trabajo ya no se muestra limitado a lo laboral, sino que hoy más que nunca halla su radicalización en el terreno cultural (Gorz, 1998), de lo que se desprende que no pasa por los psicólogos la resolución de los problemas sociales, sino por un cambio estructural de la sociedad (De Quiroga, 2007). Si bien esto supone un cambio que compete a lo político; también compele a la psicología en cuanto a la politización de la disciplina, porque si consideramos que la ideología dominante mistifica lo cotidiano organizando la producción social y que nuestra tarea es desmitificarlo, entonces en el rol se conjugarán fundamentos políticos, así como también metodológicos, teóricos, éticos y epistemológicos. Todo esto supondrá un posicionamiento particular frente a la tensión capital-trabajo, sujeto-organización.

De la mano de lo anterior, cabe preguntarse si saber dónde estamos servirá para saber dónde no queremos estar, salvaguardando de alguna manera esta perspectiva psicológica de no caer en la esencia de la prostitución que describe Groz (1998). Es verdad que el psicólogo brinda un servicio a cambio de una remuneración, y desde ese punto de vista no escapa; sin embargo, recaen sobre él las consecuencias sociales y éticas de su labor, pudiendo evitar su conversión en un *serviente del poder* (Leopold, 2004).

Si consideramos el potencial productivo de la empresa, no solo material sino también simbólico, es de cuestionarse la viabilidad de un agenciamiento sujeto-empresa que no conlleve un correlato dramático en el plano de la subjetividad. En este sentido, se considera oportuno el trabajo que apueste a develar aquello que en la racionalización y en la lógica empresarial no se permite ver ni hacer conciliar. Se crean las condiciones en los pliegues y los repliegues para desconectar conjunciones y conectar lo disyunto, promoviendo agenciamientos que armen máquinas para instalar diversos devenires en la habilitación de lo heterogéneo. Porque así como los dispositivos operan en la promoción de formas de disciplinamiento, operan en ellos también el desdisciplinamiento. Como propone Žižek (2004, citado en Fernández, 2007), el sujeto es también un resto, un exceso resistente a la inclusión de lo instituido. Más allá del esfuerzo por captar la subjetividad a la que apelen las organizaciones y sus dispositivos, más allá de la estructura organizacional formal de la empresa, los flujos deseantes de los sujetos se superponen a la plataforma estructural, generando una tensión constante entre fuerzas instituidas e instituyentes.

Porque a las organizaciones que nos producen también las producimos, está la siempre abierta la posibilidad de cambio, un cambio que aspire, como propone Deleuze (1990), al tránsito por los caminos de resistencia y de trasgresión, por las líneas de subjetivación que se vuelven sobre sí mismas en la conformación de un proceso de individuación que escape a los saberes instituidos y permita reorientar el mapa.

Bibliografía

- Abraham, T. (2011). *La empresa de vivir*. Buenos Aires: Sudamericana. Recuperado de: https://books.google.com.uy/books?hl=es&lr=&id=MHpWNzlw0tEC&oi=fnd&pg=PT6&dq=Abraham+y+la+empresa&ots=-ByWTcYFvb&sig=ILnAl5Pkh-IBCF4E8D-8fQlhNPY&redir_esc=y#v=onepage&q=Abraham%20y%20la%20empresa&f=false.
- Agamben, G. (2011). ¿Qué es un dispositivo? *Sociológica*, 26(73), pp. 249-264, México. Recuperado el 20 de septiembre de 2017 de: http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S018701732011000200010&lng=es&tlng=es.
- Álvarez, A. (2010). Frederick Winslow Taylor y la administración científica: contexto, realidad y mitos. *Revista Gestión y Estrategia*, (38), pp. 17-30.
- Alves, G. (2001). *Toyotismo, novas qualificações e empregabilidade. Mundialização do capital e a educação dos trabalhadores no século XXI*. Rede de Estudos do Trabalho. Recuperado de: <http://www.estudosdotrabalho.org/ToyotismoNovas%20QualificacoesEmpregabilidade.pdf>.
- Andrade, V. (2013). Creando subjetividades laborales. Implicaciones del discurso psicológico en el mundo del trabajo y las organizaciones. *Psicologia & Sociedade*, 25(1).
- Apreda, G. (2004). *La concepción del sujeto en Michel Foucault*. Recuperado de: https://s3.amazonaws.com/academia.edu.documents/34300151/concepcion_sujeto_en_foucault.pdf?AWSAccessKeyId=AKIAIWOWYYGZ2Y53UL3A&Expires=1506216827&Signature=BN2SMngMEvH%2BoO6OjXVBCNr5H%2F8%3D&response-content-disposition=inline%3B%20filename%3DLA_CONCEPCION_DE_SUJETO_EN_MICHEL_FOUCAU.pdf.
- Araújo, M. (2008). *Las transformaciones en el mundo del trabajo y los desafíos del movimiento sindical*. Montevideo: Universidad de la República.
- Araújo, M. (2011). Desde el lado oscuro de la excelencia empresarial, hacia una posible utopía de la vida. En *Sociología clínica, una epistemología para la acción* (pp. 67-76). Montevideo: Psicolibros Universitario.

- Arbesún, R. (2009). Las dimensiones sociohistóricas de las producciones subjetivas. En Etcheverry, G. y Protesoni, A. L. (Comps). *Derivas de la psicología social universitaria*. Montevideo: Levy.
- Arocena, J. (2010). *Las organizaciones humanas: de la racionalidad mecánica a la inteligencia organizacional*. Montevideo: Grupo Magró Editores.
- Artaud, A. (1977). *Van Gogh: el suicidado de la sociedad*. Madrid: Fundamentos.
- Assef, J. (2014). La subjetividad hipermoderna. *Conclusiones Analíticas*, (1). Recuperado de: <<http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/39336>>.
- Aubert, N. y De Gaulejac, V. (1993). *El coste de la excelencia: ¿del caos a la lógica o de la lógica al caos?* Buenos Aires: Paidós.
- Augé, M. (2000). *Los no lugares, espacios de anonimato*. Barcelona: Gedisa.
- Bauman, Z. (2015). *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Blanch, J. M. (1996). Psicología social del trabajo. En Alvaro, J. L., Garrido, A. y Torregrosa, J. R. (coord.). *Psicología social aplicada*. Madrid: McGraw Hill.
- Bozzolo, R. (1999). *Los vínculos y la producción histórica de subjetividades. La perspectiva vincular en psicoanálisis* (pp.64-86). Recuperado de: <<http://www.aappg.org/wpcontent/uploads/1999N%C2%BA2.pdf#page=64>>.
- Bustelo, E. (1996). Planificación social: del rompecabezas al «abrecabezas». *Cuaderno de Ciencias Sociales*, (92), Costa Rica: FLACSO.
- Capra, F. (2003). *Las conexiones ocultas. Implicaciones sociales, medioambientales, económicas y biológicas de una nueva visión del mundo*. Barcelona: Anagrama.
- Castillo, J. J. (1984). Las "nuevas formas de organización del trabajo". *Reis*, (26), 201-212
- De Quiroga, A. (2007). *Crítica a la vida cotidiana*. Buenos Aires: Ediciones Cinco.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (2002). *Mil mesetas: capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-textos.
- Deleuze, G. (1987). *Foucault*. Barcelona: Paidós.
- Deleuze, G. (1990). Michel Foucault, filósofo (pp. 155-163). En *¿Qué es un dispositivo?* Recuperado de: <imagenesdelsur.cicbata.org/sites/default/files/Qu%C3%A9-es-un-dispositivo_Deleuze.pdf>.
- Deleuze, G. (1991). *Posdata sobre las sociedades de control*. Recuperado de: <<http://www.fundacion.uocra.org/documentos/recursos/articulos/Posdata-sobre-las-sociedades-de-control.pdf>>.
- Deleuze, G. (1995). *Deseo y placer* (vol. 23). : Archipiélago.
- Deleuze, G. (2015). *La subjetivación: curso sobre Foucault III*. Buenos Aires: Cactus

- Deleuze, G. y Guattari, F. (1985). *El antiEdipo: capitalismo y esquizofrenia*. Barcelona: Paidós.
- Díaz, L. (1998). *Psicología del trabajo y las organizaciones: concepto, historia y método*. Recuperado de: <<https://ldiazvi.webs.ull.es/pstro.pdf>>.
- Dor, J. (1989). *Introducción la lectura de Lacan. El inconsciente estructurado como lenguaje*. Barcelona: Gedisa.
- Evans, D. (2007). *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*. Buenos Aires: Paidós.
- Fernández, A. (2007). *Las lógicas colectivas: imaginarios, cuerpos y multiplicidades*. Buenos Aires: Biblos.
- Folle, M., Laumann, M., Protesoni, A. y Zufiaurre, L. (2001). Pensar la vida cotidiana. En Fernández, J. y Protesoni, A. (Eds.). *Psicología social, subjetividad y procesos sociales*. Montevideo: Trapiche.
- Foucault, M. (1990). *Tecnologías del yo*. Barcelona: Paidós
- Foucault, M. (1992). *Microfísica del poder*. Barcelona: La Piqueta.
- Foucault, M. (2000). *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Madrid: Alianza.
- Foucault, M. (2001). *Dits et écrits* (vol. 2). París: Gallimard.
- Foucault, M. (2007). *El nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2015). *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Galeano, E. (2012). *Los derechos de los trabajadores, ¿un tema para arqueólogos?* Montevideo: Cuadernillos de la Fundación Electra.
- García, F. (2011, marzo). ¿Qué es un dispositivo? Foucault, Deleuze, Agambem. *A Parte Rei Revista de Filosofía*, (74). Recuperado de: <serbal.pntic.mec.es/~cmunoz11/fanlo74.pdf>.
- Giaccaglia, M. A., Méndez, M. L., Ramírez, A., Santa María, S., Cabrera, P., Barzola, P. y Maldonado, M. (2009). Sujeto y modos de subjetivación. *Ciencia, docencia y tecnología*, (38), pp. 115-147. Recuperado el 1 de octubre de 2017 de <http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S185117162009000100006&lng=es&tlng=es>.
- Giddens, A. (1994). *El capitalismo y al moderna teoría social* (5.ª ed.). Buenos Aires: Labor.
- Giorgi, V. (2003). *La construcción de la subjetividad en la exclusión*. Seminario: drogas y exclusión social. Montevideo: Atlántica.
- Gorz, A. (1998). *Miserias del presente, riqueza de lo posible*. Buenos Aires: Paidós.

- Guattari, F. (2004). *Plan sobre el planeta: capitalismo mundial integrado y revoluciones moleculares*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Guattari, F. y Rolnik, S. (2006). *Micropolítica: cartografías del deseo*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Leopold, L. (2004). Aportes para una especificación de la psicología del trabajo y organizacional en el default del empleo. En *Psicología y organización del trabajo* (V). Montevideo: Psicolibros.
- Lewkowicz, I. (2006). *Pensar sin Estado: la subjetividad en la era de la fluidez*. Buenos Aires: Paidós.
- Martín-Quirós, M. A. y Martín, V. Z. (2009). *Psicología del trabajo, de las organizaciones y de los recursos humanos: un área abierta a la reflexión*. Madrid: Pirámide.
- Martínez, E. (2013). El dispositivo: una grilla de análisis en la visibilización de las subjetividades. *Tabula Rasa*, (19).
- Marx, K. (1973). *El capital: crítica de la economía política* (tomo I) . Buenos Aires: Siglo XXI.
- Marx, K. (2005). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*. Ciudad de México: Siglo XXI.
- Marx, K. (2007). *Contribución a la crítica de la economía política*. Buenos Aires: Siglo XXI. Recuperado de: http://ecopol.sociales.uba.ar/files/2013/09/Marx_Grundrisse_Vol.-1.pdf.
- Marx, K. (2010). *El capital: el proceso de producción del capital* (vol. 1). Madrid: Siglo XXI.
- Masaaki, I. (1992). *Kaizen :la clave de la ventaja*. Ciudad de México: Cecsa.
- Mayo, E. (1977). *Problemas sociales de una civilización industrial*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Métzaros, I. (1995). *Más allá del capital: hacia una teoría de la transición*. Caracas: Vadel.
- Mintzberg, H. (1991). Mintzberg y la dirección. En Neumann, E. (comp.). (2007). *Pensamiento, subjetividad y cultura*. Santiago de Chile: Arcis.
- Moulian, T. (1999). *El consumo me consume*. Santiago de Chile: LOM. Recuperado de: http://argentina.indymedia.org/uploads/2011/08/el_consumo_me_consume.pdf.
- Neffa, J. C. (1999). Actividad, trabajo y empleo: algunas reflexiones sobre un tema en debate. *Orientación y Sociedad*, 1, pp. 127-161. Recuperado el 20 de septiembre de 2017 de: www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S185188931999000100007&lng=es&tlng=es.

- Neffa, J. C. (2003). El trabajo humano. Recuperado de: http://www.oei.org.ar/edumedia/pdfs/T10_Docu4_Eltrabajohumano_Neffa.pdf.
- Newman, D. (2012). Organización del trabajo y dispositivos de control en el sector automotriz: el toyotismo como sistema complejo de racionalización. *Trabajo y Sociedad*, 18, pp. 43-57.
- Otormín, F. (2005). Capitalismo y trabajo: análisis de la sociabilidad contemporánea. En Schvarstein, L. y Leopold, L. (comps.). (2005). *Trabajo y subjetividad. Entre lo existente y lo necesario*. Buenos Aires: Paidós.
- Pichón-Rivière, E. P. (2001). *El proceso grupal: del psicoanálisis a la psicología social (I)*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Real Academia Española. (2017). *Diccionario de la lengua española* (23.^{era} ed.). Consultado el 20 de enero de 2018. Recuperado de: <http://dle.rae.es/?w=diccionario>.
- Rozas, S. (2012). *Descartes, Hume, Kant: pasaje del paradigma ontológico al paradigma de la conciencia*. Psicolibros Universitario: Montevideo.
- Salinas, A. (2010). El hombre empresa como proyecto ético-político: lecturas de Michel Foucault. *Hermenéutica Intelectual, Revista de Filosofía*, (18-19), pp. 95-139. Recuperado de: https://s3.amazonaws.com/academia.edu.documents/38000466/SALEHE-2.pdf?AWSAccessKeyId=AKIAIWOWYYGZ2Y53UL3A&Expires=1516461394&Signature=Agd31BSf7GZVZoO3VFiAcuNbFsQ%3D&response-content-disposition=inline%3B%20filename%3DEI_hombre_empresa_como_proyecto_etico_po.pdf.
- Salinas, A. (2015). *La semántica biopolítica. Foucault y sus recepciones*. Viña del Mar: Cenaltes.
- Schvarstein, L. y Leopold, L. (comps.). (2005). *Trabajo y subjetividad. Entre lo existente y lo necesario*. Buenos Aires: Paidós.
- Stanzioni, D. (2016). La psicología histórico-cultural y el modelo de acumulación flexible de capital. La teoría de Vigotski y el toyotismo. *Revista da ABET*, 15(2). Recuperado de: <http://periodicos.ufpb.br/index.php/abet/article/view/32887/17121>.
- Stecher, A., Díaz, X. y Godoy, L. (2005). *Significados del trabajo, identidad y ciudadanía: la experiencia de hombres y mujeres en un mercado laboral flexible*. Santiago de Chile: Centro de Estudios de la Mujer.
- Wellmer, A. (1985). *Sobre la dialéctica de la modernidad y la postmodernidad*. Madrid: Visor.

- Wittke, T. (2005). La empresa: nuevos modos de subjetivación en la organización del trabajo. En *Trabajo y subjetividad*. Buenos Aires: Paidós. Recuperado de: <https://www.academia.edu/591986/Articulo_La_empresa._Nuevos_modos_de_subjetivacion_en_la_organizacion_del_trabajo>.
- Wittke, T. (2007). Modelo psicológico de análisis organizacional. En V Simposio Internacional de Análisis Organizacional. Buenos Aires: Facultad de Ciencias Económicas (Universidad de Buenos Aires). Recuperado de: <https://www.academia.edu/591987/Articulo_Modelo_Psicologico_Analisis_Organizacional>.
- Wittke, T. (2009). Subjetividad: cultura organizacional y procesos identificadorios. En *Psicología y Organización del Trabajo X*. Montevideo: Psicolibros.
- Zangaro, M. (2011). *Subjetividad y trabajo. Una lectura foucaultiana del management*. Buenos Aires: Herramienta.